

Una historia de gatos

*¿Qué clase de filósofos somos,
si no sabemos nada acerca del origen
y destino de los gatos?*

Henri David Thoreau

Ricardo
Téllez Girón López

Los procesos de domesticación de animales, al igual que los de las plantas, no dejan de provocar debates entre los especialistas de diferentes disciplinas. No puede ser de otra manera si consideramos que el problema es abordado por investigadores que con frecuencia trabajan independientemente unos de otros y además pertenecen a disciplinas que muchas veces tienen un contacto limitado (antropólogos, arqueólogos, zoólogos, botánicos). Por lo que corresponde a la antropología el punto de vista sobre el sujeto se encuentra ahora bien definido; el estudio de los animales domésticos trataría de observar la domesticación, no como estado del animal, sino como acción del hombre sobre el animal, que se ejerce en permanencia, poniendo en juego, en el cuadro de sociedades concretas, estructuras sociales, culturales e ideológicas, al mismo tiempo que técnicas, funcionalmente dependientes las unas de las otras y en relación, de la misma manera que con los elementos del sistema más general en el cual se insertan. El conjunto integrado de esas estructuras reviste el carácter de un sistema: el sistema de domesticación.¹

Se considera que los elementos que constituyen este sistema son el relativo al consumo de animales en primer lugar, y en segundo el de su producción. De aquí se puede concluir que los aspectos sociales y culturales no pueden ser reducidos a los procesos de adaptación ecológica. La humanización o socialización de los animales se da a través de procesos de una gran complejidad.

Bajo esta premisa sólo apuntaremos algunos de los aspectos de la historia de los gatos. El punto de partida más general es el siguiente: por ser animales domésticos son una producción humana.

Aun cuando los gatos son hoy en día una de las especies domésticas más extendidas a lo largo y ancho de nuestro planeta, siguen existiendo algunas dudas con respecto al momento preciso de su domesticación. Comparados con otros animales domesticados tales como las reses, los caballos, las cabras, los borregos, los cerdos, los asnos, los cebúes, los dromedarios o aquellos originarios de nuestro continente como el pavo o el cobayo, los gatos representan una de las especies más recientemente domesticadas, casi a la par de los pollos y probablemente de la llama. No incluimos en el listado anterior al perro debido a que es, sin duda alguna, la primera especie domesticada hace ya 15,000 años.²

En lo que respecta a los gatos se han encontrado en la ciudad de Jericó representaciones pictográficas con una antigüedad que se remonta al final del séptimo milenio antes de nuestra era. Pero cabe aclarar que los que ahí se observan son animales aprovisionados (*Felis silvestris*), no domésticos. Un poco después, hacia el cuarto milenio, aparecen en Egipto representaciones de gatos cautivos. Pero es hacia el 3000 antes de Cristo, cuando se puede señalar con certeza la aparición de los primeros gatos domésticos (*Felis domesticus*).³ Resulta casi evidente que la domesticación tiene correspondencia con la existencia de vida sedentaria por parte de los humanos. Esto se acomoda mejor a las propias necesidades y hábitos felinos. Imposible imaginar a los gatos (con un fuerte sentido territorial) acoplándose a un tipo de existencia nómada en el proceso de su domesticación. La revolución neolítica es un presupuesto necesario. Existen referencias que coinciden en el hecho de que los primeros gatos domésticos tienen su origen en Egipto.⁴

El gato egipcio deriva directamente del gato "enguantado" (*Felis manulata*), probablemente originario de la región de Nubia. Es probable que su proceso de domesticación haya sido similar al experimentado algunos siglos antes por los perros y con posterioridad por el conejo. Existen también en Egipto restos de otras dos variedades de gatos silvestres, una de las cuales, los "Kirmyschak", un poco más grandes, son también llamados "gatos de los pantanos". Ninguna de las dos pudo ser antecedente de los gatos domésticos. En diferentes partes del mun-



do existen otras variedades de gatos salvajes, entre los más importantes se encuentran los del norte de África y el gato de Asia, gato "manul" (*Felis manul Pallas*) o gato "pescador", fornido y grande. Otro más es el reproducido en los frisos de caza de Teglat-Phalasa en Asiria, con un hábitat que se extendía a toda Asia Menor; éste era también salvaje o en el mejor de los casos aprovisionado. En lo que toca a América, las reproducciones que aparecen en la cerámica mohica preincaica no demuestran la existencia de un animal doméstico, pese a opiniones en contrario. Lo cierto es que no tenemos mayores registros en nuestro continente que apoyen dichas afirmaciones. Y en lo que respecta a Europa, las referencias más antiguas del mundo celta y germánico, nos hablan de gatos salvajes que destacaban por su ferocidad y producían temor por lo peligroso de sus garras.⁵

Resulta interesante señalar que hay una cercanía entre las variedades de gatos domésticos y los de tipo *sylvestris*, pues en principio existe la posibilidad de cruce entre las especies. Probablemente la gran variedad de tamaños y pelajes de los gatos domésticos es resultado de la mezcla entre felinos de origen doméstico y los más robustos gatos monteses del norte de Europa.

Existe una amplia iconografía egipcia en la que los gatos se encuentran presentes, portando en ocasiones collares y lazos. En las excavaciones arqueológicas se han descubierto numerosas osamentas de felinos además de miles de cuerpos gatunos momificados. Todos los registros de que disponemos en la actualidad testimonian no sólo sobre la domesticación sino también acerca de la importancia alcanzada por el gato en su relación comensal con los humanos. Como veremos, esta historia no es de ninguna manera lineal. Las representaciones de los gatos y su relación con los humanos ha sido zigzagueante, ambigua y en más de una ocasión cruel para los primeros. Su particular comportamiento, la manera en que se los percibe y la propia historia de la relación entre humanos y felinos se encuentra en más de un sentido cargada de una cierta ambivalencia.

La transformación de un animal originalmente predador en uno útil, con el cual es posible convivir,



fue de suma utilidad para los hombres y significó una modificación en el trato hacia los felinos. En el antiguo Egipto, profundamente respetados, reverenciados incluso por su capacidad de cazar ratas, ratones y aun serpientes –lo que permitió preservar las reservas de granos de los silos y de las propias casas–, los gatos ocuparon un lugar especial. Esta capacidad de caza fue valorada de manera tal por la sociedad egipcia que llegó a otorgarles a los gatos un carácter divino. Prueba de lo anterior fue la existencia de una ciudad, Bast, dedicada a la diosa gato Bastet cuyo nombre significaba Ella-de Bast, hermana-esposa o posiblemente hija de Ra el dios Sol. Este lugar también conocido como Pe Bas o Bubastis (ciudad del gato), mantuvo un culto que duró más de dos mil años. Bastet tenía entre otros el atributo de favorecer la fecundidad y llegó incluso a ser capital del imperio durante el reinado del faraón Chéchonq en el siglo xi antes de nuestra era.⁶

La original diosa leona, que se transformó en gata-leona (probablemente al mantener el gato doméstico sus atributos de cazador “salvaje”) era venerada por los habitantes de la ciudad y por peregrinos que aportaban estatuas de sus gatos o bien la momia de ellos. El culto permaneció hasta el momento en que fue prohibido en el año 390 de la era cristiana.⁷ La representación de los gatos en el cementerio de la ciudad parece expresar jerarquías y complejas representaciones socio-religiosas.

Los gatos eran tan respetados en Egipto que en el momento de su muerte no sólo con frecuencia eran embalsamados y provistos de una máscara representando su cara, sino que además la familia propietaria manifestaba su duelo rasurándose las cejas como expresión del mismo. Si alguno perdía la vida por causa de un ser humano, fuera de manera intencional o accidental, se castigaba al infractor con la muerte. Se consideraba que en caso de hambruna sería mejor abandonarse a la antropofagia que comer dichos animales. Numerosas historias y anécdotas dan cuenta de la importancia de los gatos para esta civilización.⁸

Los gatos eran protegidos de posibles tratos indignos causados por habitantes de otros pueblos. Tal protección era a menudo burlada y los comerciantes fenicios iniciaron la distribución de los pequeños felinos hacia otras latitudes. A partir del segundo milenio antes de Cristo fueron llevados a otros territorios y pueblos que los adoptaron y

adaptaron al mismo tiempo, a sus propios sistemas socioculturales. De su inicial expansión por el Mediterráneo surgieron las primeras variantes de talla y peso a partir de la mezcla con otros parientes de tipo *sylvestris*. De estas mezclas se derivaron las variedades de pelo más largo que no fueron conocidas sino hasta el siglo XVI en la mayor parte de la Europa Occidental. El momento no es casual, junto al desplazamiento e incremento del contacto entre los pueblos se produce también el de sus animales domésticos. Existen representaciones de gatos en vasos y figuras griegas del siglo V antes de nuestra era, pero las primeras menciones sobre ellos en textos griegos y latinos se remontan a principios de la era cristiana. Más tarde los encontraremos como genios-tutelares en esculturas galorromanas. Se han descubierto esqueletos de felinos domésticos que corresponden al tiempo de la Inglaterra romana y es probable que en ese periodo los gatos se diseminaran al resto de Europa, aun cuando no existen suficientes datos al respecto. Posiblemente la escasez de testimonios tenga que ver con el hecho de que en esa época las regiones rurales



de Europa no requerían de un animal con las características del gato. En ese entonces otros depredadores silvestres asumían la tarea de control de los roedores del campo.⁹

En Asia, particularmente en China, los gatos son adoptados durante los primeros cuatro siglos de la era cristiana y en el siglo VI pasan a Japón. Antes de este momento el gato pasa de Egipto a otras regiones de África, especialmente al mundo árabe.

Puede decirse que la aceptación general que los gatos tuvieron entonces se expresó a través de variantes de percepción e interpretación. Así por ejemplo, los gatos son percibidos con características positivas en el mundo romano y galorromano a diferencia de lo



que sucede en el panteón germánico, en donde se les vincula con la noche y la sexualidad femenina que hace sucumbir al hombre, a lo masculino, curiosamente representado en esta cultura por un perro.

La buena fortuna de los gatos se mantuvo en casi todos los lugares a los cuales fueron llevados. En Europa, hacia el final de la Alta Edad Media se les protegió y apreció por su capacidad para cazar ratones y como animales de compañía. Existen presentaciones varias de la Virgen María en las que se encuentra acompañada de gatos de color claro, subrayando su carácter inmaculado. Hasta entonces no eran asociados de manera preeminente a características negativas u oscuras.

Se ha hecho referencia a la responsabilidad ejercida por la Iglesia católica en la persecución gatuna. Es cierto que la asociación de los gatos con ritos paganos resultaba en esa época intolerable para las estrechas mentalidades de los dignatarios eclesiásticos, aun cuando en la Alta Edad media, no sólo eran apreciados sino que llegaron a ser mascotas de Papas y habitaron en los monasterios y conventos.

Cabe introducir aquí una breve reflexión sobre algunas de las características que les dan a los felinos en general y a los gatos domésticos en particular ese carácter ambiguo, misterioso y fascinante que llega incluso a provocar terror en ciertas personas. Algo de eso que ha llevado, por ejemplo, a decir a Marcel Mauss que "el gato es el único animal que ha logrado domesticar al hombre".¹⁰ A diferencia del perro, el gato no es un animal organizado en grupo; la sociedad felina no se encuentra jerarquizada, es fuertemente individualista. De ahí que se le asocia a actitudes como el egoísmo, la indiferencia o la ingratitud. La pedofilia del perro, que lo hace tan atractivo para un sinnúmero de familias, no existe en los gatos. Sus ritmos de vigilia y sueño (muy prolongado este último) lo vinculan también a la indolencia. Puede ser visto como indomable, inconstante, falso o engañador. De los animales domésticos es, probablemente, el que más puede asociarse a una fuerza natural e incluso salvaje.

Pero además de lo anterior, que puede ya causar en muchos individuos desasosiego y desconcierto, hay

que agregar su carácter y su visión nocturna, el brillo fosforecente de sus ojos en la oscuridad, su desplazamiento silencioso, los maullidos durante el apareamiento que pueden confundirse o ser asociados fácilmente al llanto de bebés y niños pequeños, el erizamiento de su pelo al asustarse y la carga eléctrica del mismo. Además, el hecho de ser compañía de personas solas y ancianas, lo convierte en "chivo expiatorio" al asociarlo a la brujería, a las fuerzas del mal vinculadas con la noche y la oscuridad. Como puede comprenderse, este tipo de percepción y representación está ciertamente lejana de ser adecuada y útil para la Iglesia. Delort señala con agudeza este aspecto:

Nacido del cielo puro, claro y etéreo, el cristianismo, entonces, ha visto bien las cualidades negativas del gato, en particular en sus perspectivas ideológicas y naturalmente ha preferido a la dulce oveja blanca, dócil, obediente, grey soñada en una sociedad de orden, al gato negro, independiente, rebelde, al macho cabrío lúbrico, al malvado lobo, al odioso sapo.¹¹

Y así el gato quedó asociado y "construido" como un ser maligno.

La lucha contra los gatos, asociados a partir de esa época con las prácticas de la brujería y el mal, se desarrolló de manera gradual. Los felinos fueron considerados como acompañantes o familiares de las brujas. Los pactos con Satanás se sellaban con la huella de un gato en la piel de quien suscribía el acuerdo. Se creía que durante las noches las brujas se transformaban en grandes gatos negros. A partir del siglo XIII ocurren manifestaciones hostiles contra estas criaturas. La persecución y la caza revistieron formas particularmente crueles. Los gatos eran buscados y quemados junto con las personas acusadas de brujería, asados vivos durante las fiestas de San Juan –coincidente con el solsticio de verano. Durante la cuaresma, en ciudades francesas como Metz, hacia el siglo XVI, se organizaban en la plaza los "miércoles de gatos": se los metía en cajas que después eran devoradas por el fuego. Durante el desarrollo de otro tipo de celebraciones –la visita de un dignatario como la realizada por Felipe II a Bruselas en 1549–, se llevaba a cabo la instalación de los famosos "órganos" de gatos. El tormento consistía en juntar a varios especímenes en una caja con las colas al aire y colgando, para poder ser jaladas con fuerza y provocar el chillido de los animales.

El castigo infligido a los gatos tuvo como consecuencia que se perdiera y prácticamente fuera olvidada una de las razones fundamentales sobre las que se estableció el pacto entre los gatos domésticos y el hombre: la rata, portadora de la peste, no encontró enemigos suficientes para controlar su expansión y su reproducción. Las mortíferas epidemias encontraron condiciones favorables para su propagación, entre otras la

incapacidad para combatir a los roedores transmisores del mal.

Sin temor a equivocación puede decirse que, entre el siglo XIV y los inicios del XIX, el gato ha sido desestimado en Occidente, pero en realidad sería más justo señalar que durante ese tiempo además ha sido odiado, perseguido y torturado. En Francia, después de la revolución, se prohibieron las prácticas mencionadas, aunque las ideas asociadas a éstas perduraron. Incluso quedaron registrados eventos que testimonian sobre las crueidades infligidas a los gatos.¹²

Durante los últimos doscientos años la aceptación de los gatos por parte del hombre ha sido gradual y progresiva, aunque no se puede dejar de mencionar un hecho particularmente complejo que se ha acentuado durante el mismo periodo: el uso experimental que se hace de estos animales en la investigación básica y médica.

En algunos países como Italia, Portugal y Finlandia el número de gatos domésticos ya comienza a ser superior al de los perros. Algo semejante ocurre en los Estados Unidos en donde existen unos 56 millones de gatos domésticos y es evidente una tendencia al desplazamiento progresivo de los perros. Las razones de esta distribución y preferencia resultan un tema sumamente atractivo en el estudio de las relaciones y las representaciones que de los animales domésticos tenemos los seres humanos.

Igualmente interesante en esta progresiva aceptación de los felinos domésticos es el hecho de que la generación y multiplicación de razas a través de la intervención humana ha experimentado su más importante desarrollo durante los últimos cien años sin alcanzar nunca la variedad morfológica que tienen los perros. Ejemplos de algunas de las razas de más reciente aparición son el gato americano Ragdoll (muñeco de trapo), que tiene un carácter tan plácido que hay quien lo considera con una personalidad que lo hace aparecer como un felino "pacheco", o la más reciente variedad holandesa con patas tan cortas que lo obligan a caminar bamboleándose. En ambos casos estamos frente a gatos incapaces de cazar ratones, subrayando de esta manera ya no su carácter cazador original, sino el de animal de compañía.¹³ De la simpatía del hombre por los gatos existen infinidad de ejemplos y testimonios. De todos ellos me gustaría destacar un poema de T.S. Elliot:



© Anamaria Astwell.



Cuando sorprendan a un gato en intensa meditación
la causa, les advierto, es siempre la misma:
su mente está entregada a la contemplación
del pensamiento, del pensamiento, del
pensamiento de su nombre,
su inefable, efable,
efinefable,
profundo e inescrutable nombre único.

N O T A S

¹ Bonte, Pierre - Michel Izard, *Dictionnaire de l'Anthropologie*, PUF, 1991, París, France, pp.69-72.

² Leroi-Gourhan, André, *Dictionnaire de la Prehistoire*, PUF, 1994, París, France, pp. 243-244; Bonte, Pierre y Izard, Michel, *op. cit.*, p. 69; Delort, Robert, *Les animaux ont une histoire*, Editions du Seuil, Paris, France, pp. 449 y ss.

³ Ver Leroi-Gourhan, André, *op. cit.* P. 237; Delort, Robert, *op. cit.*, p. 415 y ss; Pugnetti, Gino, *Guía de Gatos*, Grijalbo, 1985, Barcelona, España, pp.10 y ss.; Mc Cormick, Malachi.

⁴ Pintera, Albert, *Gatos*, Susaeta, 1992, Madrid, España, p.7.

⁵ Delort, Robert, *op. cit.* pp. 415-417.

⁶ *Idem.*, pp. 417-423.

⁷ Morris, Desmond, *Guía para comprender a los gatos*, Emecé, 1988, México, p 21.

⁸ Se dice por ejemplo que Cambises, rey persa hijo de Ciro el Grande, en 525 A.C., para tomar la ciudad de Pelusio dotó a seiscientos de sus soldados con gatos a manera de escudo. Los egipcios prefirieron rendirse antes que lastimar a alguno de estos animales. Ver: Pugnetti, Gino, *op. cit.* p.18.

⁹ Delort Robert, *op. cit.* pp.422 426; Morris, Desmond, *op. cit.* pp. 21 25; Pugnetti, Gino, *op. cit.*, pp. 17-20.

¹⁰ Delort, Robert, *op.cit.* p.411. Para otras expresiones en las que se puede encontrar tanto la peculiar ambigüedad frente a los gatos como la fascinación que provocan ver: *The Artistic Cat. Praise, poems and paintings*, 1991, Running Press, Philadelphia, Pennsylvania, USA, 100p.

¹¹ Delort, Robert, *op. cit.*, p. 432.

¹² Un buen ejemplo de la persistencia de las representaciones y simbología de que son portadores los gatos en occidente en una época posterior a la que se ha venido haciendo referencia, se encuentra en el notable trabajo de Robert, Darnton *La gran matanza de los gatos y otros estudios de la cultura francesa*, F.C.E., 1987, México, pp.81-108. Es también sumamente recomendable para tener una idea de las representaciones que desde el siglo XVI se generaron en occidente pero sobre los grandes felinos, el texto de Baratay, Eric y Hardouin-Fugier, Elisabeth, Zoos. *Histoire des jardins zoologiques en occident (XVI-XX siecle)*, Editions la Decouverte, Textes a l'appui, serie Ecologie et Société, Paris, France, 1998, 294 p.

¹³ Mc Cormick, Malachi, *op. cit.*, p. 22; Morris, Desmond, *op. cit.*, pp.25-28; Delort, Robert, *op. cit.*, p. 472.